

estaba adornada con el sombrero de pastor, rojo por encima y por debajo verde. Es imposible imaginarse un traje más gracioso y más en armonía con la dignidad de la persona. En presencia del augusto anciano, delante del vicario del Hombre-Dios, cuya voz se hace respetar y bendecir del uno al otro polo, el alma ménos cristiana siente una impresion difícil de caracterizar. No es un sentimiento de temor, como el que puede inspirar la vista de los reyes de la tierra; es una mezcla indefinible de veneracion, de confianza, de amor, de felicidad. Esta impresion fué tanto más viva para nosotros cuanto difícil es contemplar un semblante mejor y más venerable que el de Su Santidad Gregorio XVI.

Siguiendo la comitiva, entramos á la iglesia. El altar, brillante de luces, estaba adornado con esa magnificencia y buen gusto que solo se vé en Italia. Despues de las ceremonias ordinarias, el soberano Pontífice dió la bendicion del *Santo Sacramento*, en silencio; así lo quiere la rúbrica romana, más racional que nuestro rito galicano. De hecho, ¿por qué bendecir en alta voz en nombre de la Santa Trinidad, cuando es Nuestro Señor en persona el que bendice?

8 DE DICIEMBRE.

Fiesta de la Inmaculada Concepcion.—Anécdotas: la condesa de R.....—Lord Spencer.

Roma estaba de fiesta; era el día de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Todas las campanas del *Campagnili* sonaban á todo vuelo; en todas las esquinas se oía la música campestre de los pifferari; todas las *madonas* de las calles estaban iluminadas, los almacenes y tiendas cerradas, y las iglesias llenas por una

multitud piadosa. La víspera, habia hecho el pueblo el gran ayuno, es decir, que habia esperado la noche para tomar alimento. Este acto de piedad es más bello, porque es voluntario. Pero cuando se trata de María, el romano no se detiene ante ningun sacrificio. Para la Madre de Dios, á quien llama también suya, su amor es sin límites, como su confianza.

Ese día solo salimos á hacer algunas visitas indispensables, y yo recibí también algunas que fueron para mí de la mayor satisfaccion. En ese pasatiempo de la conversacion íntima, en que se pasa sin transicion de uno á otro asunto, se habló de los extranjeros que acuden á Roma. Se hicieron quejas de un gran número de ellos, que con su oro traen la corrupcion á la ciudad santa.

Nubes de ingleses, sobre todo, caen por decirlo así durante el otoño en Italia. Son los primeros en ir á San Pedro y á la Capilla Sixtina en los días de solemnidad. ¿Qué hacen allí? no se sabe de ello nada con certeza; porque ¿qué puede hacer en Roma, qué puede ver allí aquel á quien le faltan los ojos de la fe? Pero la Providencia tiene sus designios. Es raro que el catolicismo, que se muestra con tanta majestad en medio de los monumentos de la ciudad eterna, no haga cada año algunas conquistas sobre la heregía.

A la conversion tan notable de M. Tayer, ministro protestante de América, acababa de añadirse la de la condesa de R.... Esta mujer, célebre en Alemania, habia venido á Roma con intenciones confesadas en alta voz, de proselitismo protestante. Dotada de cualidades superiores, se prometia muy buen éxito, cuando un día quiso asistir á la bendicion papal. La majestad de tal ceremonia la impresionó tan vivamente, que cayó de rodillas y se levantó católica.

El estudio de los orígenes romanos no

es ménos eficaz que la vista de los monumentos y de las solemnidades. «Aquí tenemos nuestro origen,» decia el jóven lord Spencer, ántes ministro anglicano y hoy sacerdote católico y apóstol de su país. El es quien ha organizado, en una gran parte de la Europa, la vasta asociacion de *Oraciones* por la conversion de la Gran Bretaña. Durante su permanencia en Roma, nos contaba que, atormentado por dudas sobre la verdad de su religion, se habia dirigido á un anciano obispo anglicano:—«Me persiguen penosas dudas, le decia él; me parece que los orígenes de nuestra *Iglesia establecida* no son muy antiguos: creo que los hemos innovado. Para tranquilizarme, estoy decidido á leer á los Padres de los primeros siglos, y á los antiguos controversistas.»—«Yo no os lo aconsejo, le respondió el obispo; he visto que todos los que han tomado ese partido, han acabado por hacerse católicos.»—«Esta confesion, añadía lord Spencer, fué para mí un rasgo de luz; y debo bendecir á la Providencia, porque la constituyó en motivo determinante de mis estudios, y principio de mi conversion.»

9 DE DICIEMBRE.

San Juan de Letran.—Clasificacion de las iglesias de Roma.—Bautisterio de Constantino.—Obelisco.—Triclinium de San Leon.—Escala Santa.—M. Ratisbonne.

Habíamos echado una ojeada general sobre Roma pagana y Roma cristiana. Ha llegado el tiempo de descender á pormenores y de comenzar la vista regular de las dos ciudades. La emprendimos sucesivamente en los catorce cuarteles fijados por Benedicto XIV en 1743.

El primero que se presenta, es el cuartel de los Montes, (*Rioni de Monti*); ocu-

pa la antigua region del Esquilino y en la parte de la *Via Sacra* de la Paz, de la *Alta Semita*, de la *Caelimontana*, de *Isis* y *Serapis* y del *Torum Romanum*. Se le llama *de los Montes*, porque encierra la parte más montuosa de la ciudad. En sus límites se encuentra el Esquilino, el Viminal, una parte del *Cœlius* y del Quirinal. Habiendo salido de la plaza de España á las nueve de la mañana, nos dirijimos á la basilica de San Juan de Letran, situada hácia la bajada de *Cœlius*. Ahora bien, las iglesias de Roma pueden dividirse en tres clases, cuya diferencia es útil conocer: las patriarcales, las basílicas Constantinianas y las iglesias ordinarias.

Primero: *Patriarcales*. El mundo conquistado por el Evangelio se dividió desde los primeros siglos, en cinco patriarcados. El primero de todos, por su autoridad y extension, es el de Roma. Como papa, el sucesor de San Pedro tiene jurisdiccion sobre la Iglesia universal. Como patriarca, su dominio no tiene otros límites que los de Occidente, comprendiendo en ellos al Africa, y más tarde al Nuevo-Mundo. El segundo patriarcado, era el de Constantinopla; el tercero, de Alejandría; el cuarto, de Antioquía, y el quinto de Jerusalem. 1 En estas grandes sillas están sentados los *padres de los padres* de todas las diócesis de la catolicidad. Los patriarcas de Oriente cayeron muy pronto bajo los golpes de los hereges y de los bárbaros; pero Roma, cuya esencia consiste en conservar, no ha querido que su memoria pereciese. En su inmortal recinto se encuentran cinco iglesias patriarcales, iglesias tres veces venerables por su antigüedad, por su magnificencia y por su santidad, que perpetúan los católicos recuer-

1 *Constit.* de Inocencio III en el cuarto Concilio de Letran, cap. XXIII, de *Privileg.* de *vo. tie Jus Canon.*, tit. 1, pág. 203.

dos de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalem. He nombrado á San Juan de Letran; á San Pedro en el Vaticano; á San Pablo en la vía de Ostia, á Santa María la Mayor y á San Lorenzo, extra muros. El siguiente dístico repite sus nombres, aunque en un orden inverso:

PAULOS, VIRGO, PETRUS, LAURENTIUS
ATQUE JOANNUS, HI PATRIARCHATUS, NOMEN
IN URBE TENENT. 1

Segundo:—*Basílicas constantinianas.* Cuéntanse ocho: San Juan de Letran; Santa Cruz en Jerusalem; San Pedro en el Vaticano; San Pablo extra muros; San Lorenzo extra muros; Santos Marcelino y Pedro en la vía Lavicana; los Santos Apóstoles en el centro de Roma, y Santa Inés extra muros. La antigüedad de estas iglesias, sus frescos, sus mosaicos, el número y la riqueza de las reliquias sagradas que encierran, hacen de ellas verdaderos archivos del arte y de la piedad. Así, no hay un viajero instruido que deje de verlas, ni un peregrino que deje de orar allí 2.

Tercero:—*Iglesias ordinarias.* Su número pasa de trescientas cincuenta; muchas se remontan á los primeros siglos, tales como San Clemente, Santa Praxedis, Santa María in Cosmedin. Sus pórticos, sus inscripciones, su arquitectura, recuerdan elocuentemente la sencillez, la fe viva, el fervor de las bellas edades del cristianismo. Cuidaremos de no olvidarlas cuando las encontremos en nuestro camino.

1 Jo. n. Monachi, card. de Elect. in 6.

2 Entre esas basílicas hay cinco, que unidas á otras dos, no constantinianas, forman lo que se llama las siete basílicas de Roma, cuya visita hacen todos los viajeros cristianos, á causa de las grandes indulgencias que les están concedidas. Hé aquí sus nombres: San Juan de Letran; San Pedro en el Vaticano; San Pablo extra muros; Santa María la Mayor; San Lorenzo extra muros; Santa Cruz en Jerusalem, y San Sebastian.

Veinte minutos despues de la salida, encontramos á la gran plaza que se extiende desde el baptisterio de Constantino hasta la puerta de San Juan. Roma es, por excelencia, la tierra de las emociones y de los recuerdos. ¡Oh! ¡qué multitud de imponentes recuerdos surgen en aquellos lugares hollados por nuestros piés! ¡Qué de poderosas emociones vienen á tocar el alma hasta su última fibra! El horizonte crece sin límites; todos los siglos pasan ante vosotros con los dramas más grandiosos de la historia. Aquí es donde despues de treseientos años de una encarnizada lucha, el mundo pagano inclinó su altiva cabeza bajo el yugo de la cruz; aquí es donde el primero de los Césares se hizo hijo de la Iglesia. Sucesoros de los dueños del mundo y jefes de un imperio extenso, aquí mismo han habitado durante once siglos los vicarios de Jesucristo.

Aquí cada pontífice viene á tomar solemnemente la posesion de su temible dignidad; aquí han tenido lugar treinta y tres concilios. Por consiguiente, esos lugares han visto á casi todas las glorias de la Iglesia, á millares de obispos, de cardenales de doctores del Oriente y del Occidente que han acudido de siglo en siglo para dar testimonio de la fe del mundo entero y librar esas grandes batallas de la verdad contra el error, que afirmando el Evangelio, han salvado á la civilizacion. Ocupados en estos pensamientos, pasamos delante de la puerta del palacio pontifical y estuvimos ante la muy santa y venerable basílica. Como la mayor parte de los monumentos de Roma, la Iglesia de San Juan de Letran tiene el privilegio de repetir los hechos de la historia profana y de la historia sagrada. Su nombre de *Letran* recuerda á una de las más antiguas é ilustres familias romanas, la familia *Sextia*. Segun el uso, el sobrenombre de *Laterano* distin-

guia á sus miembros de las otras ramas del tronco comun: este nombre fué llevado gloriosamente en los tiempos de la república; y bajo el imperio, la crueldad de Neron, hizo resaltar más su brillo con el asesinato del cónsul *Plautius Lateranus* 1. La riqueza fué tambien patrimonio de esta familia. Su palacio hereditario, de una magnificencia real, ocupaba el lugar de la iglesia actual y le ha dado su nombre. Cuando Constantino poseia este monumento, hizo homenaje de él al papa Silvestre para edificar una iglesia al Salvador. Fué consagrada el año 324. 2

Penetrado el reconocimiento hácia Dios, á quien debia la fe del cristianismo y el cetro del mundo, Constantino se congratuló de adornar el nuevo templo con una magnificencia digna de un emperador romano. De aquí vino á la basílica el nombre de *Basílica de Oro*: nunca pudo estar más justificado tal nombre, de ello podrá juzgarse por algunos de los presentes del real neófito. Una estatua del Salvador sentado, de cinco piés de altura, de plata, con peso de 120 libras; los doce apóstoles, de tamaño natural, de plata, con corona de lo mismo, y cada estatua con el peso de 90 libras. Cuatro ángeles de plata, de tamaño natural, teniendo una cruz en la mano cada uno, cada ángel con peso de 105 libras. La cornisa continua que sirve de pedestal á todas las estatuas, es de plata cincelada y pesa 2,025 libras. Una lámpara de oro purísimo suspendida de la bóveda, que pesa con sus cadenas 25 libras. Siete altares de plata que pesa cada uno 200 libras. Siete pantallas de oro y diez y seis de plata, cada una con peso de 30 libras. Siete incensarios de oro que pesan cada uno 10 libras; otro incensario enriquecido con pedredría que pesa 20 libras 3 onzas. Dos custodias de

oro puro que pesan 50 libras cada una. Veinte cálices de plata con peso de 10 libras cada uno. Cuarenta cálices más pequeños de purísimo oro que pesa una libra cada uno. Cincuenta cálices para la distribucion de la preciosa sangre á los fieles (cálices ministeriales) que pesan 2 libras cada uno.

Como ornamentos de la basílica: un bondon de puro oro, colocado delante del altar en donde ardia aceite de nardo, adornado con ochenta delfines, que pesan 30 libras y que sostienen otros tantos cirios compuestos de nardo, y de los aromas más preciosos; otro de plata con ciento veinte delfines del peso de 50 libras, en el cual se quemaban los mismos aromas. En el coro, cuarenta candeleros de plata de á 30 libras, de los que se exhalaban los mismos exquisitos perfumes. Al lado derecho de la basílica, cuarenta candeleros de plata de á 20 libras y otros tantos al lado izquierdo. En fin, dos braseros de finísimo oro que pesan 30 libras, con un don anual de 150 libras de perfumes muy exquisitos para ante el altar 1.

Al recuerdo de tanta magnificencia, ¿cómo cansarse de admirar la fe del Señor del mundo, su reconocimiento y su docilidad para convertirse en instrumento de la Providencia haciendo servir para el culto del verdadero Dios, el oro y la plata, tan largo tiempo prostituidos á los ídolos? Así, gracias al Cristianismo, todo volvía al orden y hacia retroceder al principio, al hombre, al mundo y á las criaturas. ¿Qué se ha hecho la Basílica de oro? ¿qué ha sido de sus riquezas? Preguntádselo ántes á los jefes bárbaros tan famosos en la historia, Alarico y Tatila. Sin embargo, el augusto edificio, muchas veces sacado de sus ruinas, existe siempre. Sus tesoros han desaparecido, pero su principado le que-

1 Tacit. Anual, lib. XV.

2 Ciampini, Monum. veter. b. III, p. 7.

1 Anast. Biblioth., in Vit. B. Silv.

da aún. Sobre el frontispicio se lee esta sencilla, pero sublime inscripción:

SACROSANTA LATERANENSIS ECCLÉSIA
OMNIUM URBISET ORBIS ECCLESIAE MATR
ET CAPUT.

"LA SACROSANTA IGLESIA DE LETRAN,
LA MADRE Y SEÑORA DE TODAS LAS IGLESIAS
DE ROMA Y DEL MUNDO."

De las tres puertas de la basílica, dos sobrecojen de admiración al viajero, la una por su misterio, la otra por su magnificencia. La de la derecha, llamada *Puerta-Santa*, está cerrada con pared, y solo se abre por el Santo Padre mismo el año de jubileo. La del medio, es una puerta antigua de bronce y cuadriforme, es casi la única que existe. Al entrar no puede uno dejar de maravillarse del simbolismo de la nave. Encima de los cruceros, cerca del nacimiento de la bóveda, están pintados los Profetas. Más arriba de los Profetas veis, por una parte, las figuras del Antiguo Testamento relativas al Mesías, y por otra, los hechos del Evangelio que son su complemento: la figura y lo figurado. Así, bajo los cruceros más inmediatos á la bóveda, aparecen:

Por una parte:

Adán y Eva arojados del Paraíso terrestre, por haber tocado al árbol prohibido.

Por otra parte:

Nuestro Señor sobre el árbol de la cruz, abriendo el cielo al género humano.

Bajo los cruceros siguientes:

El diluvio.

El sacrificio de Abraham.

El bautismo de Nuestro Señor.

Nuestro Señor subiendo al Calvario.

José vendido por sus hermanos.

Moisés librando á los Israelitas de la cautividad de Faraon.

Jonas saliendo de la boca de la ballena.
Nuestro Señor entregado por Júdas.
Nuestro Señor bajando al limbo.
Nuestro Señor saliendo del sepulcro.

Abajo de estos bajos relieves veis á los doce apóstoles de pié. Sus bellas y grandes estatuas están en armonía perfecta, ya con las pinturas superiores, ya con los nichos que las guardan. Los doce predicadores del Evangelio están allí como habiendo iluminado con su palabra y con los oráculos de los profetas, las sombras de la alianza figurada. Pero la enseñanza apostólica no solo ha iluminado lo pasado; proyecta los resplandores brillantes de su luz sobre el porvenir: el Evangelio ocupa el medio entre la sinagoga y el cielo. Hé ahí por qué detras de cada apóstol, en el fondo del nicho, está pintada una puerta entreabierta; el apóstol está en el dintel, para decir que despues de la revelación cristiana de que él es órgano, no hay más que la Jerusalén eterna, ciudad de la luz con sus doce puertas de esmeralda. En fin, en la base de cada nicho, aparece una paloma en relieve, con la rama de olivo en su pico, tierno emblema del espíritu del Evangelio. Así en esta série admirable de pinturas y de esculturas aparece toda la religion, en su letra y en su espíritu, desde el origen de los tiempos hasta la eternidad, y todo se resume en el himno de Bethlem: *Gloria á Dios en las alturas de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* ¿Diré cuál fué mi alegría al encontrar en la señora de todas las iglesias el plan completo del *Catecismo de perseverancia?* Entre las otras riquezas de San Juan de Letran, es preciso citar la tumba en bronce del papa Martín V, pontífice grande entre los demas, puesto que puso fin al cisma de Occidente; de un lado del crucero, la capilla de San Andrés Corsini, una de las de mayor

magnificencia en Roma, que recuerda á la vez la piedad filial de Clemente XII, y las dulces virtudes de su ilustre abuelo. Las dos columnas de pórfido que acompañan al gran nicho, á la derecha del Evangelio, adornaban en otro tiempo el pórtico del panteon de Agrippa; del otro, está la rica capilla del Santo Sacramento, de que hablaré muy pronto. El majestuoso pórtico de la iglesia presenta sus veinticuatro pilastras de mármol y la estatua colosal de Constantino, hallada en sus Baños; en fin, la famosa puerta de bronce de la basílica *Emilia*, trasportada allí por Alejandro VII.

Conociamos ya la historia, habíamos examinado la arquitectura, los cuadros y las estatuas de San Juan de Letran. Para estar satisfechos, el artista y el arqueólogo no habrían pedido más á la basílica; el cristiano es ménos fácil de contentar. Dotado de un sentimiento más que los otros hombres, el sentido de la fe, le son necesarios nuevos goces, es para él una necesidad tanto más imperiosa, cuanto mayor es la energía y la nobleza del sentido superior que los reclama. ¿Quién no comprende, en efecto, que hay en nuestras iglesias un lado humano y otro divino? Ahora, buscar al visitar las basílicas romanas su origen y su historia, saber á qué monumentos profanos han sucedido, apreciar las pinturas y las esculturas que las embellecen, admirar los mármoles preciosos, los mosaicos y los dorados que brillan desde el pavimento hasta la cúpula, hé ahí lo que acabamos de hacer en San Juan de Letran. Lo haremos en las otras iglesias, y habremos visto el lado humano de la basílica. Este es, gustamos de proclamarlo, un estudio fecundo en nobles y útiles placeres. Además, si aquí nos detenemos, la impresión es incompleta; el espíritu y la imaginación podrán quedar satisfechos;

pero lo que hay de más noble en el hombre, y sobre todo en el cristiano, el corazón, no lo quedará; la parte divina se escapa. Una palabra, y este pensamiento se aclarará.

Si el cuerpo de Cicerón ó el casco del César, descansara en uno de sus edificios, ¿habría, pregunto, un solo viajero por Italia que no quisiera contemplarlos? ¿Hay alguno solo que al visitar la morada de esos grandes hombres, se contente con admirar la magnificencia, sin tomarse el trabajo de ver los restos del padre de la elocuencia, ó la gloriosa cirena del Señor del mundo? Pues bien, lo que sería el templo depositario del cuerpo de Cicerón ó del casco del César, las iglesias de Roma lo son en la realidad y en un sentido más noble. Por un privilegio de que no goza ningún otro templo del mundo, el recinto de sus iglesias encierra cuerpos mil veces más respetables que el del acusador Verrés, y objetos mil veces más preciosos que la armadura del vencedor de Farsalia. Allí descansan muchas veces, con los instrumentos de su pertenencia ó de sus suplidos, legiones de santos y de mártires: grandes hombres por excelencia, oradores por su sangre, héroes por su valor, modelos de los siglos por sus virtudes, vencedores del mundo pagano y fundadores de la libertad moderna. Sus huesos rotos, su sangre derramada por la libertad del género humano, allí están; tal es el lado divino de las basílicas romanas.

Ignorad estas cosas, y por brillante que sea, el templo os parecerá vacío, estará mudo y carecerá de poesía divina; le visitareis como un monumento ordinario; el oído del corazón nada habrá oído, porque los ojos de la fe nada habrán visto. Y á la verdad ¿valdría la pena venir á Roma para obtener este resultado? Pero si al conocimiento de la historia y de las bellezas materiales de la basílica, se añade la vista